

periódicas, en tanto que las conjunciones simultáneas de los planetas no lo son; y sabido es que, en dinámica, periodicidad representa estabilidad, mientras las acciones no periódicas se agregan á la inestabilidad.

La nueva astrología no tendrá que ocuparse, como la antigua, de la influencia, puramente imaginaria, que los astros pudieran

tener sobre un individuo ó sobre una familia de la humanidad; pero habrá de prever, con objeto de evitar ó disminuir dolorosas consecuencias, los fenómenos desastrosos, aunque inevitables, que interesan á la humanidad entera.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL.

## BIBLIOGRAFÍA

### EL SEÑOR DE HALLEBORG \*

La época de los Werther, de los Jacobos Ortis, de los Obermann, de los Adolfos, de los Renatos y de las Virginias parecía sepultada para siempre, no porque hubiese dejado de existir el sentimentalismo tropical, sino porque en la época de energía en que vivimos nadie cree prudente soñar con idealidades más ó menos dulzonas ni llorar las desgracias de personajes más ó menos ficticios.

A los que vivimos la vida presente, los dolores de los caídos nos detienen un instante, un instante no más; ante su tumba nos descubrimos deprisa, tal vez echamos un puñado de tierra sobre la caja negra y luego sin esperar el final de la fúnebre ceremonia continuamos nuestro camino hacia donde él nos lleve, deprisa, con ansias de llegar para volver á partir sin saber en donde nos detendremos otra vez y lo que haremos en la etapa siguiente.

El hombre de hoy se deja dominar más fácilmente por cualquiera de esas pasiones que tantos estragos causan en la humanidad y que tan simpáticos nombres llevan, á declararse vencido por la suave melancolía que llena toda una literatura, aquella que floreció alrededor de *Atala* en Francia, de *Werther* en Alemania y de *Jacobo Ortis* en Italia.

La literatura soñadora, esa literatura insustancial ajena á toda vida verdaderamente vivida; sin más experiencia

que la experiencia de las páginas de los libros; que mucho se parece á la resurrección de una biblioteca entera cuyos pergaminos están cubiertos de polvo, es la literatura flor de un día. La obra que á ella pertenece tiene una vida efímera, se recuerda con cariño como se recuerdan con cariño cosas delicadas que se nos dijeron y que dijimos en una época en la cual todo era verdad para nosotros, todo menos la falsía de los hombres.

Leyendo *El señor de Halleborg*, escrito por el novelista sueco Alfred von Hedentsjerna hará unos pocos años, siento revivir en mi memoria muchas lecturas hechas cuando era un adolescente, cuando lloraba sobre las páginas de un libro sentimental; me parece estar releendo algo que me dejó impresionado durante varios días mientras no vino otro libro á quitarme esa impresión y á causarme otra que parecía más profunda y que fué tan superficial como la primera; creo releer, en un solo volumen, retazos de Constant, de Senancourt, de Chateaubriand, de Bernardino de Saint-Pierre, de Goethe.

En *El señor de Halleborg* se sienten influencias extrañas, influencias de escritores meridionales sobre un artista setentrional; tiene, como la *María* de Jorge Isaacs una historia, tal vez una leyenda; se dice que el autor vivió esa novela antes de escribirla; que aquel Gosta de Halleborg quien por conservar una fortuna se atreve á casarse con una niña moribunda, es el mismo

\* E. Domenech, Editor, Barcelona (España).